

amaba a la mía, es para siempre, y se ama todo lo que nos la recuerda, todo, ¿me comprendes bien...?

Mientras mi infeliz compañero me estaba hablando de este modo, veía sus ojos, tan cándidos de suyo, llenarse de lágrimas, y en vez de encontrar su emoción ridícula, me pregunto ahora: ¿en dónde se halla la vida profunda del corazón, entre el sentimiento que éste conserva a la mujer que le ha hecho traición a él, tan bueno, tan incapaz de odiar, o en mi feroz, mi vergonzoso rencor? ¡Ah! ¿Será que no he amado?



MEDITACIÓN XXII (1)

FISIOLOGÍA DEL FISIÓLOGO

Señor Director *La Vie Parisienne*.

Meggen, cerca de Lucerna, Septiembre de 1883.

Habéis publicado, mi querido director y amigo, todo cuanto os he enviado del manuscrito de mi pobre compañero Claudio Larcher, con una amabilidad que no carece de mérito, porque ha caído sobre vos y sobre mí, simple ejecutor testamentario, una lluvia de cartas atroces desde el día en que el primer capítulo de esta *Fisiología* vió la luz en las columnas de *La Vie Parisienne*. Ni vos ni yo sospechábamos, ¿no

(1) Aun cuando el prefacio del presente libro contiene suficientes indicaciones referentes al objeto que se propuso conseguir el desgraciado Claudio Larcher, los lectores que hayan experimentado alguna simpatía para este héroe de la *Fisiología y de las Visiones* encontrarán, tal vez, algún interés en los informes demasiado poco numerosos, recogidos en los últimos días de su vida. Atentos a esta idea, he creído deber dejar a estos informes el tono general de la obra, a la que sirven de complemento y conclusión.

P. B.

es verdad?, que este año era el designado en la presente centuria para marcar una restauración definitiva del antiguo pudor en el dominio de la literatura. Es necesario creerlo así, en cuanto a nosotros concierne, en vista de que nuestros corresponsales y buen número de escritores han hecho aspavientos por el tono que en estos análisis domina. Alarmado, os lo confieso, he vuelto a leer esa colección de *Meditaciones*; encuentro algunas llenas de amargura, otras bastante duras; muchas me han parecido repetir, bajo una forma más o menos correcta, verdades dichas ya por todos los fisiólogos de todos los tiempos. Comprendo que falta aquí un especial capítulo que sirviese de base a todo el libro; pero no veo una frase inmoral en esta obra de un escritor a quien he conocido desequilibrado, involucrado, vacilando muchas veces entre la poesía y la sensualidad, penetrado, sin embargo, de cristianismo hasta la medula de los huesos y sufriendo por no ser más creyente, aunque siempre entregado a lo ideal. He buscado, pues, en otra parte el motivo por el cual los fragmentos de este libro, algo incoherente y contradictorio, lo reconozco, han desagradado de tal modo a muchos lectores, y he creído encontrarlo en el carácter mismo del autor, a la par que en un contraste que tengo muchas ganas de señalar aquí, aun cuando no sea más que para salvar su recuerdo del reproche de haber querido especular, previendo un fructuoso escándalo, con la agudeza de la expresión y la audacia de las imágenes. Además, la conclusión faltaría a estos estudios, si un amigo no la escribiera; ¿y qué amigo había de ser sino aquel a quien el autor ha juzgado

bastante fiel para confiarle el cuidado de revisar y de publicar su inacabada obra?

* * *

Cuando yo vivía con Claudio en esa dulce familiaridad de los escritores jóvenes que nada se ocultan los unos a los otros, me sorprendía muchas veces de que la inteligencia de mi compañero le sirviera de tan poco para andar por el mundo. Le sucedía muchas veces, en la más vulgar conversación, enunciar frases que probaban en él una gran curiosidad de la experiencia viciosa, rayana en el cinismo. Su precoz misantropía abundaba en observaciones que llevaban cruelmente grandes desencantos a su espíritu, y luego este cínico se dejaba influir por las más vulgares mentiras de un cualquiera; este misántropo era víctima del primer caballero de industria que se le presentaba o de una mujer que supiera alabarle. Había en él algo del niño y no poco del anciano; algo de aridez en fuerza de reflexionar y mucha ingenuidad en sus impresiones.

El malestar que yo mismo siento al leer de nuevo esta *Fisiología* me parece proceder de esa doble tendencia. Admitimos el cinismo en la literatura y en la vida; pero unido a la frialdad en las decisiones, a esa abstracción absoluta de los hombres y de las situaciones, y a esa calma en el juicio que completa la misantropía en un Merimee o en un Morny. El hermoso y persistente optimismo de Jorge Sand nos obliga a perdonarle el *poetismo* vagamente soso de sus idilios.

Es innegable que se nota algo de anormal, de casi monstruoso, al encontrar, como en el libro de Claudio, una serie de máximas que tienden a imitar a *Chamfort*, al lado de un cúmulo de sentimientos dignos de un colegial. Este fisiólogo que se nos presenta con este título pretencioso de *Fisiología del amor moderno* nos cuenta su historia y sabemos por ella, ¿qué?, que una actriz galante, largo tiempo entretenida con unos y con otros, le ha amado algunos días y le ha engañado durante años enteros. Esa mujer se iba a cenar con cualquiera de sus rivales, y nuestro filósofo, furioso, se ponía a escribir sonetos y más sonetos, que me recitaba después.

—¿Sabes lo que estoy pensando?—le dije un día en que me declamó alguno de esos versos que quería coleccionar con el título de: *Mi dolor*.

—¿Qué?—preguntó sorprendido, porque, como verdadero escritor, esperaba una alabanza.

—¡Oh!—repliqué yo—, pensaba en la frase tan célebre como vulgar que se dijo de Beaumarchais cuando estaba encarcelado...; pero con una ligera variación...

—¿Cuál?

—¿No te enfadarás?

—No—me contestó.

—Pues bien; con esta. No basta ser cornudo, sino que es necesario también ser modesto...

—Es verdad—replicó encogiéndose de hombros—; pero, ¿qué te parecen mis versos?...

Este epigrama, propiamente galo, divirtió a Claudio, que tenía la condición de burlarse muchas veces de sí mismo; mas, ¿la crítica que encerraba, era ab-

solutamente justa? Entre las notas escritas por su mano, que he descubierto yo de un modo bastante raro y de que hablaré después, encontré ésta, en la mi amigo parece contestar por adelantado a esa objeción: «Escribir un libro interesante respecto al amor, es escribir sobre su propia manera de sentir esta pasión. Semejante libro tendría el mismo valor que las memorias que redactara un enfermo respecto a su dolencia. Beyle tenía miedo de no pintar más que una emoción, cuando quería pintar una verdad. ¡Extraño ilogismo del más lógico de los analistas! ¿Qué verdad buscabas, pues, gran discutidor, sino verdades referentes a emociones?...» Y hasta puede afirmarse, desde este punto de vista, que el dolor infantil de Claudio, su impotencia para desembarazarse de una idea fija, la especie de anarquía interior que se encuentra en sus recuerdos, que le hacía vivir esa vida disipada entre los viajes y el círculo, los restaurantes, los teatros y los bastidores; ese aparato quirúrgico, digámoslo así, desplegado aun para las más vulgares sensaciones, esa especie de pedantismo involuntario en el análisis, si, puede asegurarse que todas estas faltas dan a este libro un carácter, cual es el de testificar una fase de la vida de su autor, una fecha, y como consecuencia de ello, tiene el valor de un documento.

Salta a la vista que esta obra no se ocupe de la sensación feliz ni de la emoción sencilla; pero no es extraño, porque era incapaz de sentir, así como tampoco de raciocinar sin interrupción en sus deducciones. La verdad planteada por él al principio, que es la secreta moralidad de este libro, a saber: que el

amor sensual confina sin cesar con el odio, merecía, aun cuando sea tan vieja como el *demi-monde*, una demostración más rigurosa. Este es el capítulo inicial, cuya ausencia echaba de menos antes. Nuestro maniático se ha contentado con estampar en el papel una serie de notas que pudieran servir para esta demostración, y luego, como era naturalmente curioso de teorías, de pequeños análisis y de disecciones microscópicas, ha mezclado con esas notas un sin fin de detalles, que yo le hubiese aconsejado omitir; pero me hubiera contestado seguramente, como lo hizo a propósito de otros trabajos:

—Lo que más me gusta en los libros ajenos, son los detalles ociosos, las digresiones y las faltas. Eso es lo único que me hace pensar...

* * *

¡Hace pensar!, esa era toda su retórica. Pretendía que el único fin que debe proponerse todo escritor consiste en inquietar, en sugerir la mente de los lectores. Entre los papeles de que he hablado ya, se encontraba también la siguiente frase: «Un libro que no habla como un hombre, como un amigo, como un hermano, que no nos diga palabras *capaces de variarnos el corazón*, ¿de qué nos serviría? El arte nada es sin el alma; el pensamiento es para la literatura, lo que la luz es para la pintura...» y en otra hoja: «Tipo ideal de la novela: *La imitación de Cristo*.» No me encargo de explicar lo que Claudio entendía por esto, ni cómo conciliaba, sin blasfemia, su admiración por el sublime libro de la edad media,

con su afición por Benjamín Constant, ese príncipe de los alocados, a quien hubiera tratado con mucho gusto de gran santo, del mismo modo que a mi otro amigo el sutil Mauricio Barés.

Era muy aficionado a esas rarezas; asociaba en su entusiasmo obras y nombres que se estremecían al encontrarse: los *Pensamientos* de Pascal y las *Relaciones peligrosas*, por ejemplo; y tengo en mi poder una especie de *poutpourri*, si así puede llamarse, pues mandó encuadernar juntos diez páginas separadas de una obra de Baudelaire, el fragmento sobre Orfeo de las *Geórgicas*, de Virgilio; la *Casa del Pastor*, de Vigny; *Mis calaveradas* ó *Mi cabeza en libertad*, del príncipe de Ligné; el fragmento de las Memorias apócrifas de Richelieu referentes a madame Michelin, algunas páginas de *Cándido* y la mitad de una novela de Hipólito Castilla, titulada *Historia de Ménage*...

Si he comprendido bien sus paradojas, lo que más estimaba Claudio en un escritor era la mezcla de la pasión, bien fuera ésta culpable o sublime, con la lucidez. Necesitaba ver en los libros almas de gran temple para vivir con ardor, bastante curiosas para conocerse, y asaz atrevidas para confesarse; es decir, para contar de sí mismas, no hechos aislados, sino situaciones anímicas y costumbres. Le he visto yo apasionarse por el *Diario*, de Amiel, y por las memorias de Casanova. «Me gusta sentir, sentir...» esta extraña fórmula empleada por Claudio en su libro, la repetía a cada instante.

Hallaréis tal vez, mi querido director, en el detalle de estos gustos disparatados, la clave de muchas de

las contradicciones de esta *Fisiología*, a quien habéis dado tan amplia hospitalidad. ¿Por qué no he de decir también el motivo que tan vivamente hizo desear a mi amigo que su libro se publicase en vuestro periódico? Tenía a través del farrago de sus teorías, pasajeras pretensiones a la vida elegante. Le he visto materialmente hipnotizado al mirar los pantalones y el ramito de flores que llevaba siempre en el ojal su rival Salvaney, un *clubmán* tan ignorante como su caballo, y cuya principal elegancia consistía en imitar a los ingleses; pero a los de este lado del estrecho, ya sabéis, a esos *cabs* que dicen: *Arry mi boy...*, pronunciando de modo que parece que van sacando a rastra las palabras.

La verdad es que Larcher, y aquí está la razón de la incoherencia de este libro sobre el *amor* y de todas las obras de Claudio, la verdad es, repito, que Larcher, igual en esto a la mayor parte de nosotros, había crecido sin medio definitivo ni preciso, y como consecuencia de ello, no había podido adquirir ni forma de alma, ni forma de existencia definitiva.

Él mismo se sentía sér, como si hubiera nacido fuera de la ley, pues había copiado, después de la *Meditación IV*, sobre el *amante moderno*, estas frases de Michelet: «Hablan superabundantemente en sus libros de la divagación, *sin marcar nunca la gran vía sencilla* y fecunda de la iniciación que el amor inspirado seguiría hasta la muerte.» Ha sucedido a estos ingeniosos novelistas lo que sucedió antaño a los casuístas Escobar y Busenbaum, grandes analistas también, que en sus sutiles indagaciones no olvidaron nada más que lo que formaba la

base de su ciencia. «*Dejaron a un lado el casamiento y reglamentaron el libertinaje.*» Claudio añadía: «—Noble frase, tan sana, tan clara y tan tristemente verdadera de mi obra; pero confesar los dolores de la culpa, ¿no es también enseñar la ruta que ha de seguirse?... Es la roca que señala el sitio del naufragio; esto puede servir... y luego, ¿por qué mentir? Es preciso contar lo que la suerte ha hecho de nosotros acordándose de la frase de Marco Aurelio: *hay un motivo hasta para eso.* Sí, hay un motivo para la existencia de los extraños contrastes que el Destino me ha impuesto... ¡Dios mío, qué contrario ha sido a mi corazón!»

Claudio decía verdad calificando de este modo su experiencia de la vida, pues he tenido una vez más la prueba de ello en la visita que hice esta pasada primavera a su anciana tía, en mi viaje a Auvernia. Iba yo a aquella montañosa provincia en busca de algunas notas para el *Discipulo* que estaba escribiendo y hallándome a tres o cuatro leguas del pueblo de San Saturnino, en donde está fechada la *Meditación XXI*, me decidí a llegar hasta allí. Encaminándome hacia aquel lugar en un mal coche de alquiler, miraba el paisaje de las orillas del río Limagne, tan bonito como rústico y laborioso. Los sarmientos secos de los viñedos se enredaban en los largos rodri-gones que los sostenían, el trigo despuntaba encima de la tierra negra, los brotes de los árboles empezaban a desarrollarse y los ramitos de rosadas flores de los melocotoneros alegraban la vista. La nieve coronaba la alta cima de los montes, y a lo largo del río

Allier, que se dejaba ver por una depresión de terreno, se divisaba una neblina suave y transparente.

Me acordé entonces de lo que Claudio me había contado de su adolescencia pasada en aquel oculto rincón, y al recordarlo, como nos detuvimos a la puerta de la posada de una aldea para que el caballo bebiera, creí ver la imagen de lo que hubo de ser mi amigo, en dos pequeñuelos que se estaban paseando con un señor anciano, algún rico propietario, sin duda, de aquel lugar. Los rostros de aquellos niños expresaban dicha y candidez: «así fué él», pensé, y por contraste le evoqué tal como le había visto tantas veces sentado a la mesa en un restaurant y contándome, con frases tan entrecortadas como sus sensaciones, su vida de escritor, mitad bohemia y mitad mundana. Entre el punto de salida y el de la llegada, la diferencia era demasiado grande. El equilibrio moral requiere que el hombre continúe la vida del niño. ¿Hay necesidad de buscar en otra parte el motivo del alocamiento que se observa en tantos artistas modernos? ¿Cuántos de nosotros podemos decir que nuestros treinta años se parecen en algo a los diez? Y sin embargo, el capullo de los diez años no debería ser a los treinta más que la flor en toda su lozanía.

* * *

Nos pusimos de nuevo en camino, y estaba yo filosofando sobre la ley de la higiene intelectual, cuando llegué al pueblo de San Saturnino, pintorescamente asentado en una colina. Su castillo feudal, intacto todavía, domina el valle en donde corre ese pequeño y

ruidoso río descrito con tanta complacencia por Claudio.

Dicho pueblo no tiene más que una calle; pero tan tortuosa y tan mal cuidada, que el cochero me suplicó le permitiese esperarme en el extremo de ella. Me apeé, y me informé de la vivienda de la señora Claudia Larcher, tía y madrina de mi antiguo compañero en literatura. Admiré lo mucho que la magia del recuerdo hace variar la medianía de los sitios, juzgando por la miseria que presentaban a mi vista la mayor parte de las casas que componen el pueblo, tan celebrado por mi amigo como un oasis de soledad florida. Montones de basura húmeda y negruzca se hallaban en la calle, y en ellos los cerdos se revolcaban, las gallinas picoteaban y los niños descalzos y harapientos jugaban. Debo advertir que había llovido la víspera, y que un mal almuerzo, tomado apresuradamente, me había predispuesto en contra del país. Mi mal humor cedió ante el campanario de la iglesia, cuya construcción es de una extremada delicadeza.

Como la puerta del cementerio estaba abierta, entré en él. No me costó gran trabajo hallar la sepultura de los Larcher, todos notarios de San Saturnino desde la tercera generación: «Aquí descansa», pensé mirando la losa en que el nombre de mi infeliz amigo figuraba, después del de aquellos honrados notarios, como una ironía. No quiero molestar vuestra atención, mi querido director, con todas las reflexiones que acudieron a mi mente delante de aquella losa; pero esta antítesis no parecía prolongar más allá de la tumba las contradicciones de la vida del

hijo de aquellos buenos burgueses, que por un capricho de la suerte había sido un autor dramático en moda y luego, por el del amor, un neuropático y un maniático, para yacer, gastado por el abuso de los alcoholes ingleses, a la sombra del campanario que sus ascendientes habían tenido la sabiduría de no abandonar nunca.

Nacer, vivir y morir en la misma casa.

¡Ah! qué profundo es este verso de Sainte Beuve. Sentía su nostálgica impresión al salir del cementerio y al abandonar la sepultura de familia, piadosamente sembrada de petunias y capuchinas por la anciana tía sin duda, por aquella digna mujer, que era un comentario tan enternecedor del citado verso del más profundo de los poetas. Encontré a aquella buena señora, tal como me la había pintado mi amigo, cuando me hicieron entrar en la especie de alquería, en donde Claudio pasó los últimos meses de su vida. La señora Larcher estaba vestida de negro, su rostro, completamente arrugado, ofrecía el aspecto de esa inocencia que se observa en muchas fisonomías de los habitantes del campo. Leía, cuando entré, un libro que dejó sobre la mesa y pude ver que era la *Imitación de Cristo*. Los motivos que la impulsaban a leer aquel libro debían ser mucho más sencillos y mucho más superiores que los que hacían decir a Claudio, que es la obra maestra de la novela de análisis...

—¡Ah!, caballero—exclamó la buena señora, después de haberle dado mi nombre y de haberla manifestado mi deseo de hojear los papeles que había

dejado mi antiguo cómplice, como se llamaba él mismo; si hubierais visto qué desorden reinaba en la caja, en que lo metió todo antes de dejar París... De todo había en esa caja, retratos de mujeres malas, cartas... Poco le faltó a la buena señora para perseguirse, tan escandalizada había estado por la lectura de alguna de aquellas cartas...—Tomé consejo del señor cura y todo lo he quemado—continuó—menos el paquete que llevaba encima vuestro nombre y que estaba atado y sellado para enviároslo, y, además, algunos pliegos de papel muy fuerte, apenas escrito, que nos han servido para cubrir las conservas de frutas... Algunos renglones hay en ellos trazados por él; ¿queréis verlos?

* * *

Aquella santa mujer se levantó, y buscando una llave entre el manojo de ellas que colgaban de un cordón debajo de su primera falda, abrió un armario y sacó varios tarros de loza blanca. En el papel que los cubría, papel del Japón, regalo de Coleta quizás, conocí, en efecto, la nerviosa letra de mi difunto amigo. De allí copié tres o cuatro de las notas citadas ya en esta oración fúnebre, del que yo llamaba, a causa de la amistad que me profesaba y de sus locuras, «mi embriagado hermano», como parodia del título de la bellísima novela de Pedro Loti. Su tía, que no sabía qué hacerse para recibir dignamente al fiel compañero de aquel sobrino que tanto había querido, no descansó hasta que todos los tarros cubiertos con papel estuviesen encima de la mesa, y charlaba al mismo tiempo;

—Ya sé que tenía talento—decía—; pero nunca he comprendido el por qué se complacía en inventar historias tan feas. Hubiera querido yo que tomase un empleo, que le hubiesen nombrado prefecto como a Mareuil, su colega en el periódico, que vino aquí para asistir al entierro. Aquí no hubiera tenido que desterrar a ninguna comunidad religiosa y hubiera sido feliz. ¡Qué cara tenía, Dios mío, cuando llegó! Estaba tan delgado y tan pálido, que conocí en seguida que venía enfermo. Le cuidé con todo el esmero posible, comía todos los días truchas que pescaba él, rica y sabrosa carne, y bebía vino sano y puro de nuestras viñas, embotellado por su mismo padre hará unos veinte años... Pero se aburría algunas veces y entonces se ponía a emborronar este papel acá y allá como lo veis... En fin, murió como verdadero cristiano...

Y la buena anciana secaba con su delantal de seda negra las lágrimas que se escapaban de sus ojos, mientras descifraba yo fragmentos en versos o en prosa, alguno de los cuales he consignado aquí. En primer lugar hallé estos cuatro versos con el epígrafe: para *Mi dolor*.—*Nuestro dolor es como un altar que se eleva—hacia ti, misterioso Ser del Universo. —Desconocido espíritu que alientas nuestros sueños—¿engañarás siempre nuestras pobres aspiraciones?*

Debajo de esto, la tía había escrito *Casis*, con su letra algo temblona, el día que hizo esta conserva. En otro tarro se leía *Fresas blancas*, y debajo «Se amaría mejor si no se supiera que se ama.» En otro, y al lado de las palabras, *Jalea de membrillo*, «Nada hay

tan peligroso como las mujeres que nos conducen por la ternura al trastorno de los sentidos...» En otro, señalado también con la palabra *Casis*, leí la siguiente estrofa:

Tan tierna y locamente te he querido—que el odio algunas veces cede su sitio a la compasión.—Olvido el mal que me has hecho.—Y lloro por tu alma perdida para siempre.

No sé, mi querido director, si habré disipado o agravado por el relato de esa visita a su última morada, las prevenciones de los lectores hostiles a Claudio Larcher. Su libro, tal vez, produzca en psicología un verdadero maestro de la raza de M. Taine o de M. Ribot, o un verdadero moralista del género de nuestro querido y gran Lacordaire, algo, en fin, que permita poner una buena anotación al final de una página, y yo habré tenido la ocasión de daros las gracias, en nombre de mi amigo, por haber publicado su libro, quedando siempre suyo afectísimo,

P. B.